

Incendio

La casa se había llenado de ruido con su llegada. No era exactamente molesto; las voces rebotaban contra las paredes, estridentes, extrañas. Era eso: extraño. Esa casa estaba acostumbrada al silencio, a viejas zapatillas de felpa arrastrándose con un susurro en la cocina por las mañanas. Todos los días del año los únicos sonidos que se oían en su casa era el viento que soplaba fuera, los ladridos de los perros en el monte, el silbido de la tetera por las tardes. Ahora todo le parecía extremadamente escandaloso a su alrededor. Sus hijas y sus yernos hablaban en voz muy alta por encima de la tele, pasándose las botellas de licor y tirando las tazas de café que tanto le gustaban a Charo al suelo sin querer. La loza se rompía en pedazos, el niño de Nuria chillaba, los demás reían más alto.

Pero no le importaba, en realidad. No se sentía a gusto con la casa llena y estrepitosa, pero estaba contento de que viniesen a verle, por lo menos una vez al año. Se levantó con esfuerzo y caminó a la cocina con pasos cortos. Abrió la pequeña nevera y cogió una de las latas naranjas que había al fondo. Cerró la puerta y volvió al pequeño salón. Colocó la lata en frente de Marcos y se dio cuenta de que se le había olvidado traer un vaso.

-No, abuelo, no me apetece.

Marcos se había mantenido en silencio casi toda la comida. Se limitaba a mirar a los demás comensales y parecía aburrido. Y un poco incómodo.

-Que sí, hombre. Siempre compro refrescos por si vienes a verme.

-No me gusta la Fanta.

-Si no te la tomas se va a quedar en el fondo de la nevera otra vez –resolvió, sentándose en su sillón porque las piernas se le habían cansado. Marcos cogió la lata y le dio vueltas. Luego la abrió y le dio un trago a morro.

-¿Qué es eso? –exclamó alarmado su yerno desde la mesa-. ¿No es humo?

Todo el mundo dejó de hablar. Detrás de la ventana, el cielo se había vuelto gris turbio y rojizo. Con ese repentino silencio pudieron escuchar claramente el alboroto que provenía de la calle.

Se levantó y se dirigió renqueando a la puerta de entrada, sin esperar a los demás. En la calle sus vecinos corrían hacia la plaza.

El alcalde daba órdenes a todo el mundo, con la cara muy roja. Desde allí se veían las llamas.

-Que todo el que pueda traiga agua –decía en ese momento, secándose el sudor con la mano, montándose en el todoterreno apresuradamente-. Dicen que los retenes están de camino pero por allí no aparece nadie.

Marcos se acercó a su abuelo entre las caras preocupadas. Tenía la vista perdida en la montaña, sobre la que restallaba el fuego, y los ojos encharcados de lágrimas.

Marcos sintió algo desagradable y duro atascado en su garganta. Miró la mano arrugada de su abuelo, que se aferraba al cuello de la camisa, y quiso cogérsela. Le entraron ganas de decir cualquier cosa porque de repente le veía ahí de pie, contemplando cómo el monte se quemaba y agarrándose a su ropa desesperado como si no tuviera nada más. La mano siguió en la camisa y el abuelo siguió llorando, y Marcos se quedó sin hacer nada mientras la gente pasaba apresurada a su lado y el aire empezaba a volverse picante y denso.

Dos días después, durante la cena, la televisión explicó que la causa del incendio había sido una barbacoa mal atendida, y su madre dijo que ya habían llamado los pintores y podían volver a entrar en su piso de Madrid. Les dijo que tuviesen las maletas preparadas para el día siguiente. Marcos se atragantó con la Fanta y miró al abuelo, que no dijo nada desde su sillón.

El aire era fresco y la luz blanqueaba el paisaje cuando Marcos y el abuelo salieron de casa de madrugada, mientras todos dormían. Caminaron un buen rato cuesta arriba después de que el pueblo desapareciese detrás de una curva. El viento arrastraba hacia ellos un intenso olor a quemado. Cuando comenzaron a bajar la ladera, todo a su alrededor estaba ennegrecido y sabía a humo. El abuelo caminaba con las manos en los bolsillos, entre árboles caídos y cables derretidos que colgaban de los postes de luz. No decía nada. Nunca decía nada.

A Marcos esa tierra negra y caliente le sobrecogía. El silencio y ese andar lento, costoso, sorteando pedruscos llenos de hollín y plantas muertas. Se le ocurrió que su abuelo se sabía los caminos y los rincones de ese sitio, cuando era bosque y no desierto. Se le ocurrió lo horrible que debía de ser andar por allí ahora y verlo todo destruido.

-¿Echas de menos a la abuela?

Él se paró. Marcos pensó que se había molestado, pero lo único que hizo fue alargar la mano y apoyarse en un tronco para sentarse en el suelo. Contempló el paisaje desde allí. Desmenuzó las cenizas entre los dedos.

-Echo de menos muchas cosas.

Marcos dudó un momento. Miró a su alrededor. Le escocían los ojos.

-Es curioso que siendo tan viejo el mundo pueda darte más lecciones –el abuelo nunca hablaba. Su voz ahora le salía rara, llena de baches-. A veces se echa de menos lo que uno cree que no tiene.

Marcos se sentó a su lado.

-Yo tenía este sitio –dijo-. Pero no lo sabía. Y ahora todo se ha quemado.

Marcos vio que quería decir algo más, pero como no estaba acostumbrado, se callaba. Se le ocurrió que le tenía a él, y que eso el abuelo tampoco lo sabía. Tampoco lo decía. Empujó un montón de barro negro con la zapatilla.

Incendio

Sara García García

20/12/1991

Colegio Ntra. Sra de la Merced

2º Bachiller A